

Iglesia, también separada y aparte. Aquella grande asociación ortodoxa, que reconocen do por su sacra ciudad á Constantinopla, y por sus jefes oficiales á los patriarcas, en cierta manera pontífices de Oriente; aquella grande asociación, decía, se rompió en mil pedazos, como el Estado carlovingio á la venida é irrupción de los normandos. Las islas más célebres del mundo helénico, Chipre, por ejemplo, tuvo su propia Iglesia, como los sitios más consagrados por el respeto y por el culto universal. Conforme las nacionalidades nuevas, desprendidas del Imperio turco, se han ido formando, la tendencia de particularizar sus Iglesias ha ido apareciendo, como si creyeran los helenos carecer de nacionalidad, cuando el culto y el dogma no alcanzan la índole peculiar de los pueblos establecidos aparte, y asegurados en su particularismo por una independencia completa y una grande autonomía. La constitución del patriarcado es bien extraña; porque, si la miráis bajo un aspecto, encontraréis en ella mucho de parecido á la unidad pontificia; y, si la miráis bajo distinto aspecto, encontraréis en ella una triste oligarquía, por causa de su Sínodo, quien forma una especie de Senado religioso, el cual, en vez de dar estabilidad á la institución altísima, de que forma parte, la enflaquece por la continua variación de patriarcas, difícilmente llegados al fin de la vida en plena posesión de su autoridad y en el ejercicio pleno de su ministerio. Así, los grandes nombres, que se unen al patriarcado de Constantinopla, y que componen el organismo viviente de la Iglesia ortodoxa, no corresponden á una verdadera realidad. El patriarca de Antioquía, cuyo nombre tanto resuena en la historia evangélica y en los tiempos primeros del Cristianismo apenas tiene jurisdicción sobre cincuenta mil almas; y el patriarca de Jerusalén sobre veinticinco mil; y sobre cinco mil tan sólo el patriarca de Alejandría. Así, reina en el imperio helénico una especie de materialismo, que semeja la Iglesia griega de hoy al imperio romano en su mayor decadencia. Las más altas dignidades eclesiásticas se compran y venden, como en mísero mercado; los hombres más rudos ascienden á las altísimas sedes por contrato de simonía escandalosa; la sumisión al poder temporal del poder religioso llega entre los pueblos orientales al extremo de reconocer autoridad eclesiástica y dogmática en el propio sultán y califa de Constantinopla. Deelinger cuenta en su bello libro *La Iglesia y las Iglesias* cómo varios clérigos armenios enpeñaron caluroso debate con clérigos griegos acerca del empleo del vino y agua en el santo Sacrificio de la Misa; y como no llegaron á entenderse, pusieron su querrela interior al arbitrio de un funcionario turco, el cual resolvió tan empeñado litigio, declarando al vino bebida impura, como lo llama el Korán, y al agua el verdadero licor propio de un santo sacrificio.

Este carácter político de la Iglesia griega no se desmiente jamás en sus varias determinaciones. Un Sínodo permanente la gobierna; y este Sínodo se halla compuesto, en la región propiamente griega, de cinco eclesiásticos nombrados por el poder civil y de dos funcionarios láicos. Y lo mismo pasa, con mayor motivo todavía, en la Iglesia moscovita.

Si hubiéramos de creer á los teorizantes, de antiguo está sometida en lo disciplinario y en lo dogmático á los cuatro patriarcados fundamentales de Constantinopla, Jerusalén, Antioquía y Alejandría; teniendo por jefe al metropolitano de Rusia, ó sea al patriarca de Kiew. Mas, Pedro I conociendo que no puede un gobierno absoluto fundarse hoy en las sociedades humanas, si deja fuera de sí al clero y á la Iglesia, organizó un Sínodo, en el cual predominaba el espíritu político sobre todo espíritu religioso y el Czar sobre los Patriarcas. De aquí aquella Iglesia, verdaderamente mecánica, dominada por la liturgia de Bizancio, cuyos rígidos santos parecen cuerpos sin alma, y que servida por un clero semi-oriental, quien mueve como por máquina sus incensarios de oro, y cumple las ceremonias complicadas del culto, por hábito y por costumbre, sin leer apenas el breviario y sin apenas predicar los sermones de nuestras iglesias y de nuestros ritos; servida, iba diciendo, tal Iglesia por un clero así, parece, al fin y al cabo, más que una sociedad eclesiástica, un verdadero regimiento y otra oficina sumada, por ejemplo, á las oficinas de policía, para sostener el complicadísimo mecanismo de un Estado autocrático. Así, lo mismo en Constantinopla que en Armenia, lo mismo en Armenia que en Rusia, lo mismo en Rusia que en Bulgaria, échase de ver una grande ignorancia de las materias religiosas en los pueblos cristianos. La misma Iglesia del antiguo territorio helénico, siendo como es, la más culta de todas, adolece de mil enfermedades varias. El campesino apenas conoce la religión; y el clero apenas ejerce influjo de ningún género en la sociedad. Todos los hombres elevados se apartan poco á poco en Grecia del hogar primero de su espíritu y de la cuna de su fe. Un racionalismo muy moderado, pero también muy hondo, sustituye á las antiguas creencias, y deja en cierto elevadísimo aislamiento á la tradicional Iglesia. Por consecuencia, la religión bizantina subrogada por do quier al Estado, carece de toda espontaneidad, y se asemeja cada vez más á las instituciones mecánicas de la burocracia y de la política. Su influjo intelectual y su influjo moral es nulo. Allí donde los pueblos se hallan de suyo esclavizados, la Iglesia los mantiene con empeño en la servidumbre; y allí donde se hallan manumitidos, la Iglesia no ejerce sobre su conciencia y su voluntad ningún poder moral. Y, sin embargo, pocas Iglesias tienen delante de sí cielos tan extensos; pocas Iglesias pueden abrigar é infundir esperanzas tan sublimes. El Imperio turco ha de venirse á tierra, y la Basílica de Bizancio ha de levantarse nuevamente sobre las áureas alas de los ángeles, para amar y atraer á las almas. El Asia, tarde ó temprano, ha de cristianizarse, y ninguna de las Iglesias cristianas tiene tantos títulos y tantos medios para este bautizo de un continente como la Iglesia bizantina. Por consecuencia, el ministerio propio de un porvenir grandioso debía sostenerla y alentarla, pues difícilmente sucumben las instituciones destinadas á grandes fines sociales. Y, sin embargo, prematuramente la Iglesia oriental en todas partes se halla hoy herida sin remedio de una irremediable decadencia.

Así debemos decir de la Iglesia griega, lo mismo exactamente que de la Sinagoga judía ya hemos dicho. No responde, no, al ideal religioso, pedido y necesitado por los pueblos cultos. Y cuenta que ha constituido el helenismo un sistema de ideas y de tradiciones muy superior ciertamente al judaísmo, y que compite por sus brillantísimos caracteres con la misma religión cristiana, de la cual ha sido auxiliar tan formidable. No hablemos de los tiempos clásicos, en que los dioses coronaron sus montañas; las ninfas y nereidas surgieron por sus mares; las estatuas clásicas se levantaron sobre sus aras; el Pharténón remató con sus mármoles penthólicos cincelados por Fidias sus colinas; la Agora resonante oyó sus grandes oradores; las naves de Salamina y las legiones de Platea volvieron coronadas con el roble de su victoria; pasó por el escenario de Colonna Edipo ciego apoyado en su Antígona; subieron como nubes de incienso las ideas platónicas á lo infinito; hablaron los oráculos desde sus grutas sembradas de adelfas, y reinó sobre la humanidad el período incomparable de la más perfecta y más suave armonía. El helenismo es aquel conjunto de ideas, que sobrevivieron á la ruina del pueblo griego después de que lo enterrara en los nefastos campos de su rota última, la rota de Queronea, el macedón victorioso. La espada invencible de Alejandro, en aquellas correrías fantásticas, muy semejantes al misterioso paso de los dioses indios á Grecia; esa espada, que abriera tantos surcos en el planeta, hirió á Jerusalén, hirió á Babilonia, hirió á Tiro, hirió al Egipto, para ingertar las viejas encinas seculares con la miel destilada por los aromáticos mirtos y romeros del Hiblea, resonante con enjambres de abejas y de ideas. Este grandioso helenismo penetró de su espíritu la religión judaica; enseñó las ciencias á los árabes para que no se apagara nunca el brillantísimo luminar de la humana idea; inspiró á los grandes concilios dogmáticos del Oriente; mantuvo en las puertas del Asia una Iglesia cristiana; educó á Venecia y á Florencia; trajo consigo el Renacimiento nuestro, es á saber, todo un arte, toda una religión, toda una ciencia, en cuyas cimas la humanidad llegó á transfigurarse y á ceñir una corona de ideas como no se había visto jamás otra igual desde los tiempos de Grecia en los anales de la historia. Y este poderosísimo elemento de cultura, que tantas maravillas ha obrado en la historia, no ha podido abrazar en su seno todo el hombre, ni toda el alma del hombre, porque se ha opuesto indudablemente el principio de la variedad, que con el principio de la unidad coexiste y domina tanto en los senos de la Naturaleza como en los senos de la historia. Y lo que no ha podido hacer el helenismo con todas sus grandezas, ¿lo hará el jesuitismo con sus irremediables decadencias? Y decimos el jesuitismo, porque nunca jamás esta secta de reacción tuvo el deletéreo influjo que abriera en los destinos de la Iglesia. Su absolutismo eclesiástico prevaleció de tal suerte, que presenciámos la proclamación de un dogma, como el dogma de la Purísima, sin consulta del mundo católico y la reunión de un Concilio como el Concilio Vaticano para convertir al Papa en superior á los demás hombres

y darle por la infalibilidad el carácter, en todas las teologías reservado á sus dioses. El probabilismo de los jesuitas ha crecido tanto, que una reacción hacia las escuelas tomistas, iniciada por León XIII, ha tomado aires verdaderos de atrevimiento filosófico. Y no hablemos de su moral casuística. El mundo conoce ya por experiencias saludables á qué han quedado reducidas las sociedades en que se ha sobrepuesto la escuela ultramontana. Si han sido sociedades incipientes ó jóvenes, han quedado en el bárbaro comunismo primitivo como el Paraguay; y si, al revés, grandes sociedades históricas, llenas de vitalidad y de ciencia, en el decaimiento de nuestra gloriosa España. Un siglo después de haberse impuesto el silencio de la intolerancia por el gobierno absoluto de nuestros reyes al espíritu español, apenas existía España. Tendida como un cadáver por las cuatro partes del mundo, los reyes echaban suertes sobre sus vestiduras y se repartían sus despojos. Desde tal silencio, nosotros, los astrónomos de Córdoba, Sevilla y Toledo, no hemos descubierto una estrella en el cielo; nosotros los filósofos del Renacimiento, no hemos visto una idea nueva en la conciencia. El género churrigueresco ha penetrado en nuestras artes, el género gongorino ha penetrado en nuestras letras, Inglaterra nos ha cogido en las manos el tridente oceánico, que poblara de nuevas tierras los mares; y Francia y Alemania el predominio político sobre toda Europa. La lepra de las amortizaciones hase comido nuestra tierra, y el humo de la Inquisición asombrado y cubierto de luto nuestra mente. Dimos al mundo el jesuitismo; y en cambio de dón tan funesto, nos entregamos á la servidumbre, bajo cuyo peso todas nuestras fuerzas sucumbieron y se apagaron todas nuestras ideas.

Y no menor que la nuestra fué la decadencia de Portugal, pueblo entregado por el destino á la dominación jesuítica. Desde la segunda mitad del siglo décimo quinto hasta el definitivo reinado de los jesuitas, Portugal parecía tener á su arbitrio las fuerzas creadoras del planeta. Sus naves maravillosas engolfábanse á una en el Océano inmenso y volvían cargadas de orientales coronas que lanzar, como tributos increíbles y fantásticos, á las plantas de sus Reyes. Capitaneaban tales barcos hombres como Vasgo de Gama; y seguían su estela poemas como los poemas de Camoens. Mientras Grecia resucitaba en Ferrara, en Venecia, en Florencia, resucitaba también Asia en Oporto y en Lisboa. Aquellos colores deslumbrantes que cegaban la vista, y aquellos aromas exhalados por las especias, que trastornaban el sentido, y aquellas piedras preciosas arrojadas al pie de la nación marina, representaban algo más que fugaces conquistas ó frágiles dominios; representaban la dominación absoluta del humano linaje sobre toda la Naturaleza. Nada tan deslumbrador en el siglo décimo-sexto como la embajada expedida por el Rey don Manuel al Papa León X. Cuanto las historias refieren de lo reunido por Salomón para su templo, queda mezquino y pobre ante los tributos pagados por la corte de don Manuel á la corte de León X. El pavo de Juno, con toda su vanidad, jamás tendió los colores de su cola como tendía el Rey de Lusitania las preseas de su imperio. Trescientos caballos en-

jaezados de oro y perlas abrían la gran procesión, conducidos por la mano de trescientos pajes, á cual más bien vestido y pintoresco. Seguían luego los magnates portugueses residentes en Roma, tanto civiles como eclesiásticos, llevando cada cual un reino sobre su cuerpo, adornado con todas las magnificencias del Asia. Seguíanles ballesteros, arqueros, lanceros, unos de Suiza, otros de Grecia, puestos allí todos para realzar con sus adornos aquella orgía de colores. El estribero, Nicolás de Faria, ostentaba tales arreos cuajados de pedrería, que se deslumbró aquel colegio riquísimo de cardenales, acostumbrados al esplendor de tanto lujo. Sobre un blanco elefante iba una torre de marfil; sobre la torre, un cofre de maderas olientes y preciosísimas; y delante, casi en la cabeza del animal, un bronceado indio, semejante á ídolo asiático. Tras el elefante, pesadísimo, venía gentil y ligero caballo persa, montado por hábil cazador de aquellas regiones, quien ostentaba en sus espaldas un tigre domesticado y tranquilo. Las cajas de clavo, de pimienta, de jengibre perfumaban los aires y embriagaban á los espectadores. Desde los tiempos de Pirro no había visto la Ciudad Eterna entrar por sus arcos tan extraños animales, ni había olido tan embriagadoras esencias. Parecía que sobre sus cenizas, sobre sus ruinas, sobre los huesos mondados de sus héroes, sobre aquel templo de los siglos, sobre aquel cementerio de las razas, donde puede verse cómo el esqueleto de la tierra desnuda y exhausta extendía la urdimbre maravillosa de su vida, la India inmensa, con sus ríos cargados de islas flotantes, con sus mares ceñidos de perlas, con sus selvas pertenecientes á las antiguas vegetaciones planetarias, con sus coros de aves pintadas, con sus nieblas de ópalo y grana, con sus Himalayas coronados por ventisqueros y volcanes, con toda su excesiva savia, semejante á un vino nuevo, y el cual se derramara por las venas de tantas y tantas grandezas envejecidas y antiguas. El Renacimiento había sido como una obra colectiva, si queréis, inconsciente, pero inspirada y luminosa, de todo el humano linaje. Un polonés como Copérnico, fijaba el sol en el foco de las elipses planetarias; un italiano, como Colón, protegido y amparado por España, descubría el Nuevo Mundo; una legión de portugueses ilustres lanzaba, desde sus carabelas, á los pies de la tierra europea, los tributos del Asia extrema, recogidos en las aguas y en las selvas de Indias; un coro de artistas inspirados restauraba la forma humana en los pinceles de Vinci, de Rafael, de Sarto, y con los burlidos de Buonarrotti, de Chiberti, de Celini, mientras una grande Academia de sabios y eruditos, diseminados por las universidades, más que nunca inspiradas entonces, convertían las letras griegas y hebreas en otras tantas luminarias del alma y completaban con el establecimiento é interpretación de los textos antiguos la humana historia, mostrando en el desarrollo de las ideas por el tiempo y por el espacio la unidad fundamental de nuestro espíritu. Allí, en aquella época, existía el germen de una síntesis, que indudablemente hubiera podido traer la nueva religión de la humanidad, sin detrimento ni mengua de la tradicional y antigua. En esta obra Portugal trajo algo de lo más necesario á contrastar los

sentimientos de la Edad Media, Portugal trajo, como España entonces, con la renovación de nuestra tierra, el amor á la Naturaleza. Y de esta confianza en la Naturaleza material y en la Naturaleza humana surgió también la confianza en Dios y en el cumplimiento de sus divinas promesas. Así, lucía de nuevo la ciencia con extraordinarios resplandores. Y, á esta luz, Portugal organizó su célebre Universidad de Coimbra con doctores de París, Alcalá, Italia, y en tales términos, que fué como un centro de la cultura humana, y como una reconcentración del humano espíritu. Pero, bien pronto, después de concluir el reinado de don Manuel, y al mediar el reinado de don Juan III, la secta jesuítica se apoderó de la conciencia portuguesa. Para comprender todos los estragos de tal doctrina y secta, no hay como estudiar la inspirada historia del gran escritor portugués Oliveira Martín, por cuyas páginas compiten á porfía las ciencias del filósofo con las artes del narrador y del poeta. Efectivamente, así que se leen las obras de los primeros jesuítas, échase de ver cómo caen sobre Portugal é intentan hacer de tan extremo reino en el Occidente europeo una especie de triste Paraguay, dirigido por la más fantástica y por la más reaccionaria de todas las utopías.

Y el jesuitismo es la más reaccionaria y la más fantástica de todas las utopías, por lo mismo que jamás toma para nada en cuenta la realidad. El hombre no se pertenece á sí mismo, cuando no ejerce su razón y su voluntad. Por la una el hombre conoce, por la otra el hombre vive. Sin voluntad y sin pensamiento no hay responsabilidades humanas. Sin responsabilidad el hombre no resulta, no, un sér moral. Dependiente de un superior, al cual no puede interrogar, y cuyas disposiciones ha de obedecer sin discutir, aparece la persona humana, esfuerzo último de la creación divina, como un instrumento en ajenas manos, sin fin propio y sin libertad real. Conoce como pocas escuelas el jesuitismo la naturaleza humana, porque la estudió profundamente, valiéndose de sus inspiraciones intuitivas, aquel soldado de genio que se llamaba San Ignacio de Loyola; pero, por lo mismo que conoce la naturaleza humana, tiene mayores medios de sacrificarla en aras de la Iglesia, y resueltamente la sacrifica. De aquí su absolutismo en el gobierno eclesiástico, su probabilismo en todas las ciencias, su triste sustitución de las gramáticas á las filosofías, su retórica en vez de la elocuencia, su casuismo en vez de la moral, sus templos churriguerescos y borrominescos en los cuales jamás se descubre nn ideal piadoso; su educación medio mística y medio mundana, sus renunciaciones del mundo y sus intrigas de corte, su ideal semipelagiano de la libertad en frente al excesivo dogma protestante de la gracia y su increíble suicidio de la libertad misma, el proyecto utópico de dominar al mundo para someterlo y encadenarlo á una reacción imposible, intento de suyo tan despótico y demente como si quisiera detener al planeta en su carrera triunfal por el espacio. Los españoles no podemos ser jesuítas. Con decir que impidieron cuanto estuvo en su mano la unión de Portugal con España y luego las separaron así que pudieron, está dicho todo. La